

149.—INSPIRACIONES DEL ESPÍRITU SANTO.

PRELUDIO 1.º El Espíritu Santo envía sus inspiraciones á los hombres con gran libertad, con mucha eficacia y con profunda sabiduría.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús diciéndote: «El Espíritu inspira donde quiere, oyes su voz, é ignoras de dónde viene y adónde van».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de no hacerte nunca sordo á las inspiraciones del Espíritu Santo.

Punto 1.º *El Espíritu Santo inspira con gran libertad.*—Considera cómo el Espíritu Santo inspira donde quiere¹, porque no hay quien le fuerce; no inspira por temor, que no tiene que temer; ni por interés propio, porque no espera premio de sus criaturas; ni por obligación de justicia, porque ninguno con merecimientos le puede obligar á ello: inspira solamente porque quiere y porque su infinita bondad le inclina á hacernos este bien de pura gracia. De suerte que comunica sus inspiraciones á las personas que quiere, y en el tiempo que quiere, y con el modo que quiere; con mucha frecuencia ó con poca, con gran fuerza ó pequeña, moviendo á las cosas que quiere, según las trazas de su divina providencia, dividiendo las gracias y favores como quiere. Mas, en todo esto muestra su infinita largueza, porque da estas inspiraciones de repente á todos, con todos los modos que hay de generosidad. Porque las da primero á quien no se las pide, ni se acuerda de pedirselas. Segundo, concédelas á quien no las merece, y aun las desmerece por los pecados. Tercero, comunícalas también á quien no las quiere, y aun las resiste, como Saulo²; pero, con más frecuencia y eficacia las da á los justos que ha escogido por hijos regalados suyos, de los cuales dice el Apóstol san Pablo³: «Los que son movidos del divino Espíritu, estos son hijos de Dios». ¡Oh dichosos hijos que traen por ayo y compañero perpetuo al Espíritu Santo! De aquí has de sacar un vivo deseo de que el Espíritu Santo se digne comunicarte sus divinas inspiraciones y una firme resolución de jamás resistir á ellas; antes con gran libertad dar de mano á todas las cosas que te impidan el seguirlas. ¿Son estos tus deseos? ¡Oh Espíritu divino! Pues inspiráis donde queréis, porque sois infinitamente bueno, mostrad conmigo vuestra bondad en querer lo que podéis, inspirándome con frecuencia lo que tengo de pensar, decir y obrar, para que, siendo movido por Vos, en todo me parezca á Vos.

Punto 2.º *El Espíritu Santo inspira con grande eficacia.*—Considera cómo es una propiedad del Espíritu Santo el hacer que cuando inspira, el hombre oiga su voz, como dice Jesucristo. Porque para Él no hay puerta cerrada en el alma, ni

¹ Joan., III, 8. — ² Act., IX, 3. — ³ Rom., VIII, 14.

estorbo que pueda impedir su entrada, ni es posible dejar de oír su voz, esto es, sentir su toque é inspiración y lo que por ella dice, aunque puede el hombre no consentir en ello. Él puede de golpe entrar en nuestro entendimiento y voluntad, imprimiendo de repente el conocimiento y buen afecto que quiere; porque es dueño absoluto y señor de nuestro espíritu, y puede hablarle ó por sí inmediatamente, ó por cosas sensibles, ó por imaginaciones. Además, es tal su omnipotencia, que tiene fuerza y maña para inspirar de tal manera, que, no solamente oigamos su voz, sino consintamos con ella, y obedezcamos á lo que nos dice, no con violencia y necesidad, sino con sumo gusto y suavidad, trocando nuestra voluntad, para que diga con la misma resolución de Saulo¹: «Señor, ¿qué queréis que haga?» ¡Oh si de este modo inspirase este divino Espíritu á todos los pecadores, de modo que corriesen á los pies de los ministros de Dios, para hallar el perdón de los pecados! Pondera luego, que, así como cada hombre tiene su voz particular por la cual se manifiesta, y es conocido y diferenciado de otro, así la voz interior é inspiración del Espíritu Santo tiene sus particulares propiedades y señales que percibe el oído del alma, por las cuales conoce que es Dios el que la habla, y distingue su voz de la voz del mal espíritu, que las tiene muy contrarias. Porque aquél, con imperio y amor, con suavidad y eficacia, enternece los corazones duros, doblega los tercos, enciende los fríos, fortalece los flacos, alienta los pusilánimes, recoge los distraídos, convierte los soberbios en humildes, los iracundos en mansos y los codiciosos en pobres de espíritu; lo contrario hace el mal espíritu. ¿Qué espíritu nos guía? ¿Resistimos al bueno? ¡Oh Espíritu divino! Hablad dentro de mí, que vuestro siervo oye. Vos decís que deseáis oír mi voz; yo deseo mucho oír la vuestra; haced que oiga esta voz divina, y sienta los efectos de ella, para que pueda yo responderos con la mía, haciendo tales obras, que sean muy parecidas á las vuestras.

Punto 3.º *El Espíritu Santo inspira con secreta y profunda sabiduría.*—En este punto has de considerar lo que dice el Salvador, que su divino Espíritu inspira de tal modo, que oímos su voz; pero no sabemos de dónde viene ni adónde va, encubriéndonos de propósito sus entradas y salidas, sus principios y sus fines, con admirable traza de su providencia. Porque nos oculta primeramente la venida de su inspiración cuanto al lugar, tiempo, ejercicio y ocasión de ella. Unas veces viene en días de fiesta, otras en días de trabajo; ya de día, ya de noche, á la mañana ó á la noche, en casa, en la iglesia ó en el campo. Unas veces viene en la oración, ó Misa, ó sermón; otras en el negocio ú obra exterior. Unas veces entra por la vista, viendo

¹ Act., IX, 6.

alguna imagen devota; otras por el oído, oyendo algunas buenas palabras, ó por el gusto ó tacto, padeciendo algún dolor ó trabajo. Finalmente, no se puede saber, como dijo el Señor á Job¹, por qué caminos esparce su luz y el calor de sus inspiraciones, para que siempre estemos colgados de su providencia, y reconozcamos con humildad la dependencia que de Él tenemos, confesando que no bastan nuestras industrias para alcanzar tal favor. Pondera cómo á la manera que el Espíritu Santo nos encubre sus principios, también oculta sus fines; porque aunque sabemos que sus inspiraciones se ordenan siempre á la gloria de Dios y santificación de las almas, ignoramos de ordinario los fines particulares á que se encaminan, porque muchas veces con pequeños principios pretende grandes fines, y con grande impulso mueve á algunas cosas, cuyos fines no se pueden saber hasta que el suceso los descubre, como le sucedió á san Pablo² cuando, atado en el Espíritu, subió á Jerusalén, ignorando lo que allí le había de pasar; porque quiere el Señor que le rindamos nuestro juicio y voluntad, y estemos siempre pendientes de su providencia. ¡Oh Padre amorosísimo! Inspíradme lo que os agrada conforme á vuestra santa ley, y venid por el camino que quisierais; no pretendo escudriñarlos curiosamente; bástame saber el fin último que pretendéis, para que yo os obedezca en los demás medios y fines que ordenareis.

Epílogo y coloquios. ¡Oh infinita libertad, poder y sabiduría del divino Espíritu, que maneja y guía á los hombres por aquel camino que es más conveniente para los fines de su soberana providencia! Este soberano Señor es infinitamente libre en sus inspiraciones, porque inspira donde quiere, sin que nada le pueda poner trabas ni cosa alguna le pueda forzar ni hacer violencia; mas con esta libertad absoluta junta una largueza infinita, llamando á los que no le piden, visitando á los que no lo merecen, y saliendo al encuentro á los mismos que le resisten. Es también omnipotente, porque para Él no hay puerta cerrada en el alma; y aunque el hombre puede siempre resistir á su voz, sabe Él darse tales trazas é inspirar en tales ocasiones y circunstancias, que el hombre venga á consentir voluntariamente y con grande alegría en aquello mismo que antes aborrecía con toda su alma. ¡Y cuán admirable es la secreta providencia y sabiduría con que envía sus divinas inspiraciones! No sabemos de dónde viene ni adónde va; ignoramos sus principios y sus fines; desconocidos nos son el lugar, el tiempo, la ocasión en que desea venir, y no conocemos más los fines particulares que pretende con su visita. ¡Oh, si nos visitase con frecuencia y eficacia este divino Espíritu! ¿No lo deseamos? ¿No procuramos oír con docilidad su voz para que seamos dignos de recibir con más

¹ Job, xxxviii, 24.—² Act., xx, 22.

frecuencia sus inspiraciones? ¿Qué fruto hemos sacado de las muchas inspiraciones que nos ha comunicado? ¿Cuántas veces hemos resistido á sus deseos! Avergoncémonos de un proceder tan ingrato, y pensemos en remediarlo por medio de propósitos prácticos y firmes, súplicas fervientes é incesantes, y fidelidad en oír y corresponder á sus inspiraciones.

150.—DONES DEL ESPÍRITU SANTO.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesucristo, diciéndonos: «Yo rogaré al Padre y os dará un Consolador y Auxiliador»; ó al alma justa como un ser bellissimo, adornada con siete piedras preciosas, símbolo de los dones del Espíritu Santo.

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de conservar estos dones y obrar conforme á ellos.

Punto 1.º *Los dones del Espíritu Santo nos ayudan á seguir sus inspiraciones.*—Considera cómo el Espíritu Santo, con las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad, infunde también en los justos siete dones, que son: sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y temor de Dios, cuyos oficios y fines son muy diferentes de los oficios y fines de aquéllas; porque el oficio de las virtudes es inclinar al hombre al ejercicio de las obras virtuosas por su propia elección y libre albedrío, ayudado de la divina gracia; pero el oficio de los dones es inclinar al justo á que se rinda y sujete al impulso y movimiento que le viene de fuera, esto es, del Espíritu Santo, cuando con el viento de la inspiración le mueve á bien obrar, como las velas sirven á los navíos para que sean fácilmente movidos de los vientos. Y por esto el profeta Isaías llama á estos dones espíritus, porque son instrumentos del Espíritu Santo para las obras que hacen los justos, movidos de su impulso. Pondera las grandes ganas que tiene el Espíritu Santo que obedezcas á sus inspiraciones, pues para esto te da tan excelentes y eficaces dones; los cuales, en la actual providencia, según santo Tomás, te son necesarios para alcanzar la vida eterna, ya porque siempre andan trabados con la gracia y caridad, de la cual no se pueden apartar, ya también porque el instinto é inspiración del Espíritu Santo es muy necesario para conservar las dos partes de la justicia y santidad, que son apartarse del mal y seguir el bien, especialmente en muchas cosas arduas y dificultosas que suceden en esta vida; y como el Espíritu Santo desea tanto nuestra salvación y perfección, acude luego á favorecernos con los auxilios de estos poderosos dones. ¡Oh Espíritu Santísimo! Gracias os doy por el cuidado que tenéis de ayudar mi flaqueza con tan excelentes dones de vuestra bondad; no permitáis que sea yo tan ingrato que los pierda miserablemente; antes haced que, socorrido y ayu-

¹ Isai., xi, 2.

dado por ellos, vuela como paloma en vuestro servicio, y como nube me deje llevar del viento de vuestra santa inspiración. ¿Qué provecho reportamos nosotros de los dones del Espíritu Santo? ¿Seguimos con docilidad y presteza sus santas inspiraciones?

Punto 2.º *Los dones del Espíritu Santo nos ayudan á apartarnos del mal.*—En este punto has de considerar cómo los dones del Espíritu Santo son armas poderosas que te concede para pelear contra toda suerte de tentaciones y vencerlas. Porque unas tentaciones proceden de tedio y desgana de las cosas de Dios, hallando enfado en las cosas de espíritu y buscando para nuestro alivio los gustos del sentido, y contra ellas nos da el Espíritu Santo el don de sabiduría, el cual despierta nuestro gusto espiritual y hace que hallemos sabor y dulzura en las cosas buenas. Otras proceden de la rudeza y obscuridad en las cosas de fe, naciendo por esta causa dudas, perplejidades, desconfianzas, así en creer como en esperar y obrar; contra ellas viene el don de entendimiento, que ilustra nuestra mente y nos da paz y gozo en creer. Otras nos vencen por ser indiscretos y precipitados en nuestras cosas, faltos de prudencia y desapercibidos; y en este caso ayúdanos el Espíritu Santo con el don de consejo, inspirándonos lo que hemos de hacer en tales circunstancias. Cuando las tentaciones nacen de la ignorancia, engaño, olvido ó inadvertencia, nos socorre el Espíritu Santo con el don de ciencia, el cual nos descubre las astucias del demonio, los lazos del mundo y los engaños de la carne. Si proceden de la flaqueza de nuestro ánimo y debilidad de nuestro corazón por el temor de perder la vida, honra ó intereses, con el don de fortaleza nos presta socorro. Otras vienen de la dureza de nuestras entrañas, no queriendo hacer bien al prójimo, y para vencerlas nos da el don de piedad. Finalmente, contra las tentaciones de soberbia, presunción y vanidad, somos armados con el santo temor de Dios. ¿Comprendemos el sumo bien que nos hace el divino Espíritu con sus dones? ¿Sucumbimos á pesar de ellos en las tentaciones? ¡Oh Espíritu divino! Gracias os doy por las armas que me habéis dado contra mis terribles enemigos; haced que las maneje debidamente. Ponedme junto á Vos¹, y que pelee quien quisiere contra mí; porque, aunque vengan impulsos del demonio para derribarme, si los vuestros me previenen, no podrán vencerme.

Punto 3.º *Los dones del Espíritu Santo nos ayudan á practicar las virtudes.*—Considera cómo el Espíritu Santo, por medio de estos siete dones, nos ayuda á ganar las virtudes con gran perfección, así las propias de la vida contemplativa, como las de la vida activa. Con los tres primeros dones, entendimiento, sabiduría y ciencia, nos perfecciona en lo concerniente á la lec-

¹ Job., xvii, 3.

ción, meditación, oración y contemplación. Con el entendimiento nos ilustra en los misterios de la fe, haciendo que penetremos en lo más íntimo y secreto que hay en ellos, como si lo viéramos. Con la sabiduría nos perfecciona en el conocimiento de Dios, de sus excelencias y atributos, imprimiendo en nosotros grande estima de las cosas divinas, con sabor y dulzura indecibles. La ciencia nos perfecciona en el conocimiento de las cosas criadas, haciendo que las menospreciemos y las tengamos por estiércol, en razón de ganar á Cristo. Los tres últimos dones de piedad, fortaleza y temor de Dios nos ayudan para el ejercicio de las virtudes de la vida activa. La piedad nos imprime espíritu de hijos con nuestros superiores, de madres con nuestros inferiores, y amor tierno y compasivo con nuestros iguales. La fortaleza nos socorre para cumplir los deberes que tenemos con nosotros mismos, fortaleciendo nuestra flaqueza, reprimiendo nuestros temores, y dándonos bríos para emprender cosas gloriosas y provechosas. El temor de Dios nos perfecciona en lo que debemos á Dios, infundiéndonos sentimientos de humildad y reverencia, teniéndonos por nada en su presencia, reconociendo como suyo todo el bien que tenemos. Finalmente, el don de consejo está como el sol en medio de estos siete planetas del cielo, dándonos luz de lo que debemos hacer en las obras de ambas vidas, activa y contemplativa, para que acertemos á escoger las más convenientes, y el modo, lugar y tiempo de ejercitarlas. ¡Oh Espíritu divino! Pues deseáis y me mandáis que crezca en la perfección y me santifique con el ejercicio de las virtudes, visitadme con vuestros dones y ayudadme con vuestras ilustraciones, para que brote mi entendimiento santos pensamientos, mi voluntad encendidos afectos, y mis potencias se muevan á excelentes obras. ¿Practicamos las virtudes auxiliados con los dones del Espíritu Santo? ¿Son éstos acaso para nosotros un talento con el que no negociamos?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán tierno y amante Padre es para nosotros el divino Espíritu! Él nos envía piadoso sus santas inspiraciones, y deseando más que nosotros mismos que accedamos á ellas para nuestro bien y provecho, añade para este fin un auxilio especial, que son sus divinos dones. Sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y temor de Dios: tales son las velas que proporciona el Espíritu Santo al navío de nuestra alma para que vuela con celeridad impulsado por su inspiración; las alas, con que volamos á lo alto de la contemplación. Armados con estos dones, no hemos de temer á nuestros enemigos. Si nos combaten por la necedad ó estulticia, cegando nuestra mente para que no vea ni guste las cosas divinas, nos auxilia la sabiduría; si obscurece nuestro espíritu, haciéndolo rudo para las cosas de la fe, viene á nuestro socorro el entendimiento. Contra la precipitación tenemos el consejo; contra la ig-

norancia, la ciencia; contra la debilidad, la fortaleza; contra la dureza, la piedad; y contra la soberbia, el temor. ¡Dichoso el cristiano que nunca suelta de sus manos estas poderosas armas! No sólo triunfará de sus enemigos, sino que ejercitará todas las virtudes, creciendo, así en las de la vida activa como en las que son propias de la contemplativa; y siempre con seguridad, prudencia y solidez, guiado por el don de consejo, al cual pertenece el manejo del espiritual timón, para que el hombre no tuerza ni á la derecha ni á la izquierda. ¿Hemos comprendido la importancia y provecho grandísimo que de los dones del Espíritu Santo podemos y debemos reportar? ¿Agradecemos á este divino Espíritu tan señalados bienes? ¿Nos aprovechamos de ellos? ¿Qué responderemos cuando en el juicio se nos pida cuenta de los mismos? Reflexionémoslo con cuidado, y propongamos con firmeza aquello que nos convenga, y roguemos por todas las necesidades.

151.—UNIDAD DE DIOS Y TRINIDAD DE PERSONAS.

PRELUDIO 1.º Representémonos á la Santísima Trinidad en un trono excelso, rodeada de serafines y recibiendo los homenajes de toda la corte celestial.

PRELUDIO 2.º Pidamos grande devoción á este misterio, y la gracia de imitar la caridad y unión que se profesan las tres divinas Personas.

Punto 1.º *Unidad de Dios.*—Considera aquí el primero y fundamental artículo de nuestra santa fe, por el que creemos que no hay más que un solo Dios¹, con una sola esencia y divinidad, sin que sea posible haber muchos dioses. La misma razón natural nos convence de esta importante verdad, porque como Dios nuestro Señor es el Bien sumo é infinito en quien están encerrados todos los bienes² y perfecciones posibles, sin que le pueda faltar una, porque si una le faltase sería imperfecto, y andaría mendigando la de otros, síguese claramente que no puede haber más que uno, porque si hubiera otros, faltárale la bondad y perfección de éstos, por la cual se diferenciarían. Además, Él es soberano Señor y supremo Gobernador de sus criaturas, á quien todas están sujetas, y á cuya voluntad eficaz ninguno puede resistir³, porque si alguno pudiese resistirle, sería Dios miserable, y no tendría paz ni contento en su gobierno, ni su reino podría durar; de lo cual se sigue que no puede haber más que un Dios, porque si fueran muchos, tuvieran diferentes juicios, voluntades y poderes; habría lucha entre ellos, y su reino sería destruido, porque no podría librarse de la maldición en que incurre todo reino dividido⁴. El es también el Supremo Legislador, cuyo dictamen y voluntad es regla universal de lo que se ha de hacer; es el Supremo Juez á quien pertenece juzgar á todos; es nuestro

¹ Deut., vi, 4; I Cor., viii, 4. — ² S. Thom. — ³ Psalm. lxxv, 8. — ⁴ Luc., xi, 17.

último fin y bienaventuranza perfecta; y esto exige que sea uno sólo, porque, si fueran varios, pudiera haber encuentro en las leyes, en las penas y castigos, y ninguno por sí sólo podría hartar nuestros deseos, porque siempre quisiéramos ver y gozar del otro. De todo lo cual has de sacar eficaces propósitos de amar sobre todo á este Bien Sumo; servir á este Supremo Señor, y obedecer á este Soberano Legislador. ¿Cumples fielmente con estos deberes? ¡Oh Dios infinito, uno en esencia, de quien todos procedemos! Aunque criatura vilísima, quiero daros todo mi amor, porque sois el Sumo Bien, infinitamente digno de ser amado; quiero servirlos con todas mis fuerzas, porque sois mi supremo y único Señor; deseo obedeceros fielmente y en toda mi vida, porque sois el dueño absoluto de todas mis acciones; ayudadme á cumplir mis deseos, pues que son también los vuestros.

Punto 2.º *Trinidad de personas.*—Considera en este punto el otro artículo principalísimo de nuestra fe, por el que creemos que, aunque Dios es uno en esencia, es también trino en personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo¹. Pondera acerca de esto con gran admiración cómo Dios junta en sí todo lo bueno y perfecto de las criaturas, sin lo malo é imperfecto que hay en ellas². Y así tiene lo bueno de ser uno, sin lo malo de ser solo; tiene lo perfecto de ser en alguna manera muchos, sin lo imperfecto que tiene ser diversos. Es uno en la esencia, en la divinidad, en los atributos, en el sentir y querer, en el poder y obrar, sin que entre las tres Personas haya diferencia de pareceres, ni contrariedad de voluntades, ni oposición de obras. Pero juntamente son tres Personas distintas, y no una sola, porque no careciese Dios de la perfección y gozo que trae consigo la comunicación y amistad perfecta entre iguales, y para que la bondad y sabiduría y potencia de Dios cumpliesen su deseo de comunicarse infinitamente con modo infinito. Y así, el Padre llena estos deseos comunicando su divina esencia y toda su sabiduría y omnipotencia al Hijo; y el Padre y el Hijo comunican lo mismo al Espíritu Santo; y entre los tres hay amor infinito y amistad perfectísima, y en esta amistad, infinito gozo y alegría, gozándose infinitamente cada Persona del propio ser personal que tiene la otra. Contemplando todo esto en silencio, adora con profunda reverencia y grande admiración este sublime misterio, y gózate de la perfectísima unidad que entre sí tienen las divinas Personas, deseando tener parte en ella é imitarla del modo que puedas. ¡Oh Padre Eterno! Gózome de la unión que tenéis con vuestro Hijo. ¡Oh Hijo unigénito de Dios! Gózome del amor que tenéis á Vuestro Padre. ¡Oh Espíritu Santo! Gózome de la unión y amor que tenéis al Padre y al Hijo. ¡Oh Trinidad beatísima! Gózome

¹ Matth., xxviii, 19. — ² S. Thom.

de la infinita amistad que resplandece dentro de Vos misma. ¡Oh Dios infinito! Pues me habéis dado fe de esta unión, dadme gracia para imitarla del modo que Vos queréis.

Punto 3.º *Modo cómo pasa en Dios este misterio.*—En este punto has de considerar el modo cómo pasa en Dios este misterio. Porque la primera persona, que es el Padre, conociéndose y comprendiéndose á sí mismo y á su divina esencia con claridad infinitamente mayor que la del hombre que se ve en un espejo, por este conocimiento forma dentro de sí un concepto é imagen viva de sí mismo. Y este concepto es el Hijo, el cual, como dice san Pablo ¹, es resplandor de la gloria de su Padre, figura de su substancia é imagen invisible suya ². Este es el que llama san Juan ³, Verbo ó palabra de Dios, la cual habla dentro de sí, exprimiendo en ella todo cuanto Dios sabe; y por esto se llama su Sabiduría. En produciendo el Padre al Hijo, necesariamente le ama, y se agrada en Él con infinito amor y gozo, porque ve en Él su misma bondad infinita: y el Hijo de la misma manera ama al Padre con infinito amor y gozo, por la infinita bondad que ve en Él y recibe de Él: y los dos juntos por este amor producen un ímpetu é impulso de su divina voluntad, que llamamos Espíritu Santo, comunicándole su divinidad, y así es Dios como ellos. Y todo esto está en Dios desde su eternidad, porque todas tres personas son eternas, sin que la una sea primero que la otra. Todas tres son inmensas, sin que puedan apartarse una de otra; todas son iguales en dignidad, porque en Dios tanta dignidad es ser Hijo como ser Padre, y ser Espíritu Santo como ser Hijo; todas tienen entera y cumplida bienaventuranza, con el conocimiento y amor de sí mismas y de su divinidad; de donde procede estar infinitamente gozosos y hartos, sin fastidio y sin tener necesidad de cosa alguna fuera de sí mismos. Todo lo cual ha de movernos á grandes afectos de admiración, amor, gozo y alabanza, por las grandezas de cada Persona y de todas en general. ¡Oh Trinidad beatísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo! Desde el abismo de mi nada, me atrevo á levantar á Vuestro trono mis miradas, y pasmado de tal majestad y grandeza, deciros con los serafines ⁴: «Santo, Santo, Santo sois, Señor Dios de los ejércitos»; el cielo y la tierra están llenos de vuestra gloria; vuestro nombre es admirable por todo el universo, y ante vuestra soberana grandeza todas las cosas son como si no fuesen; concededme, Señor, que, creyendo en este mundo con viva fe vuestras enseñanzas, tenga la dicha de participar en el otro de vuestra bienaventuranza eterna.

Epílogo y coloquios. ¡Oh verdad soberana é incomprendible misterio! ¡Un Dios, Rey de cielos y tierra, Dueño de todo lo criado, uno en esencia y trino en Personas! Una sola sabidu-

¹ Hebr., 1, 3. — ² Colos., 1, 15. — ³ Joan., 1, 1. — ⁴ Isai., vi, 3.

ría, bondad, poder, entendimiento, voluntad y amor, y, con todo, tres personas realmente distintas. La primera de estas verdades se halla al alcance de la razón natural; porque claro se ve que el Sumo Bien no puede ser más que uno, que el Supremo Señor no puede tener rival, y el universal Legislador no puede tener quien se halle con poder para impugnar sus leyes. Mas si nuestra mente puede alejar de Dios la idea de división, no alcanza cómo puede haber en Él distinción real de Personas, y tiene el deber de cerrar los ojos, á lo que acerca de esto le dice la fe. Ha de creer que en Dios hay una naturaleza y tres personas distintas. Porque las perfecciones todas que se hallan en las criaturas deben hallarse en Dios de un modo eminente, sin mezcla de las imperfecciones que las acompañan. Y si Dios tiene la perfección de la unidad, no puede carecer de la que trae consigo la pluralidad. Has de creer que el Padre eternamente engendra al Hijo, comunicándole su misma esencia; y el Padre y el Hijo producen el Espíritu Santo, Dios igual en todo á ellos. ¿Qué siente tu corazón ante tales grandezas? ¿No te admira esta unidad tan perfecta en Dios; junto con la distinción real de las Personas? ¿No procuras imitar la unión que entre sí tienen las divinas Personas, teniendo tú otra semejante con tus prójimos? ¡Oh! Si el Señor te concediera un rayo de luz, y pudieras penetrar en los abismos infinitos de las grandezas divinas, quedarías arrebatado de admiración. Medita con atención este misterio; haz propósitos de venerarle é imitarle del modo que te sea posible, y para esto pide los auxilios al Señor, suplicándole también por todo el mundo.

152. — BONDAD INFINITA DE DIOS.

PRELUDIO 1.º Representate á Jesús diciéndote: «Nadie es bueno, sino sólo Dios».

PRELUDIO 2.º Pide agradecimiento y correspondencia á los infinitos bienes que te ha concedido la bondad de Dios.

Punto 1.º *Excellencias de la bondad de Dios al comunicarse á sus criaturas.*—Considera cómo siendo el bien naturalmente difusivo y comunicador de sí mismo ¹, Dios, Sumo Bien, suprema y esencial Bondad, ha de ser infinitamente inclinado á comunicarse con todos los modos posibles. Pondera las excellencias que muestra el Señor en estas comunicaciones. Porque Él no se comunica por necesidad, fuerza ó violencia, sino por sola su bondad y su libre voluntad; porque es bueno y quiere seguir la inclinación de su bondad en hacer bien; y esto te ha de mover á servirle de grado, diciendo con David ²: «Voluntariamente os sacrificaré, Señor, y alabaré vuestro nombre, porque es bueno».

¹ S. Dionis.; S. Thom. — ² Psalm. LIII, 8.